

de cambiar el dinero recaudado, por una libra de jamon sin hueso, unos pasteles y algunas jarras de vino. La! escena pasa en casa de una vecina que tiene una sala dispuesta para las ocasiones; pero ántes y á puerta de calle suele haber alguna disputa, sobre sospechas de poca integridad en la recaudacion.

—Aquí falta *trigo*, dice una de las mozas contando el dinero de la bandeja.

—Buscarlo, replica la otra; yo no me lo he comido.

—Si no tuvieras la conciencia de estopa, no te arderias tan pronto; dice con sorna la que contó el dinero.

—Lo que yo tengo de fuego son las manos.

—Por eso te se ha derretido el napoleon que te dió aquel usía del *remenengue*.

—Estate quieto, napoleon.... ¡Como tú has recogido tantos!...

—Yo ninguno, pero tampoco tendré que pagarlos más tarde.

—Lo que yo pago ahora mismo, es una *bofetá* de cuello vuelto que te *guelva* botin de suizo.

Y la bofetada se hubiera pagado á la vista, si otra manola que presenciaba la escena no hubiese separado á las interlocutoras diciendo:

—Chicas, estaos quietas.... *Mia* tú el demonio del napoleon! *pos* ni que *juera* Pepe Botellas, *pa* mover ese galimatías que estais armando! *Ca* apostais á que *dempues* de todo ese belen es relleno!... Si estamos llenos de *monea* falsa *ende* que los gaba-

chos nos han *embutido* sus napoleones.... Dejaos de disputas, que 19 rs. más ó ménos no nos han de quitar el gusto de merendar *toas* juntas en *cas* de de la Friolera.

La que acababa de hablar tenía gran autoridad sobre aquella gente y todas entraron en el lugar del festin, acompañadas de sus *gachés*, que como si hubiesen sido llamados por una campana, acudian como siempre á mesa puesta. Circuló la bota y duró la broma hasta las cuatro de la mañana, gracias á la amistad que para casos tales tenía el ama de la casa con el celador de policía, y como á esas altas horas de la noche no puede llegar nuestra crónica, damos por terminado el día 3, y descansaremos hasta el 9 á las tres de la tarde, que sin saber cómo, nos hallamos en la Real Casa de Campo.

Las *carreras de caballos* es un espectáculo nuevo que disfrutamos dos veces al año, desde hace pocos, y que ni ha logrado popularizarse aún, ni lleva trazas de conseguirlo por ahora. La sociedad de la eria y fomento caballar, con sus aristocráticas familias, forman la concurrencia de ese hipódromo donde se presentan unas cuantas yeguas inglesas á probar el fomento de la raza caballar española. Correr y más correr es lo único que se hace en esas sesiones de competencia, sin que nada se dé á la belleza del animal, que sería el verdadero fomento de la raza.

Por lo demás, no crea el lector que esas cosas nos quitan las ganas de dormir, merced á que ya estamos acostumbrados á otras por el estilo, y hemos convenido en cerrar los ojos y pasarlas de largo. Para



solazarnos y entretenernos nos basta con ajustar un carruaje que nos lleve al otro lado del Manzanares, el día 14 por la tarde, víspera del 15 y hora en que dá comienzo la romería del pueblo de Madrid hácia la ermita de su santo patron el labrador Isidro, criado que fué en el siglo XII del caballero Ivan de Vargas. El marqués de Varela fabricó en 1724 la capilla que hoy existe sobre las ruinas de la que en 1528 edificó la emperatriz Doña Isabel, porque en aquel sitio diz la tradicion que dió el santo un golpe con su ahijada y brotó agua purísima.

Tal es la afluencia de gentes á la ermita, que por precaucion y por comodidad, debemos subir á la cima de los montes que rodean la pradera. Desde allí se goza un espectáculo digno de ser pintado por pluma mejor tajada que la nuestra, y yá que desgraciadamente no es esta la primera, ni la segunda, ni la cuarta vez, áunque prometemos que sea la última que nos ocupamos de este asunto, bueno será no detenernos demasiado en cosas, que si el lector las toma por su cuenta nos ha de dar quince y falta. Nos limitaremos á decir, para que no se diga que lo callamos todo, que al ver aquella multitud de tiendas de campaña y aquella masa impenetrable y sin límite de gente, cualquiera diria que toda la poblacion de Madrid, arrojada de las calles por algun terremoto, se habia acampado en la pradera de San Isidro.

Los carruages están siempre en el camino conduciendo gente; las fondas humeando sin cesar, los toneles de vino desangrándose en obsequio de sus apasionados, los dulces desertándose por arrobas de

las confiterías y las gentes todas comiendo y bebiendo en honra y gloria del santo patron, y con sentimiento de ciertas patronas, cuyos huéspedes gastan en un almuerzo lo que á ella la deben por 31 almuerzos, 31 comidas y 31 camas. No falta en medio de aquella animacion y aquel contento, su gota de amargura, porque como suele decirse y suele suceder, ¡dónde irá el hombre que no necesite dinero! Verdad es que la prevision es para las ocasiones, y la fisionomía es una ciencia de suma importancia en esos casos. No tendria que empeñarse aquel jóven en dejar empeñado su reloj en la fonda, si hubiese conocido la causa de aquel exceso de amabilidad con que le saludaron sus vecinas en la pradera. Si él hubiera sabido que le admitian en su compañía á precio de un almuerzo, otra habria sido su cuenta; pero la experiencia es madre de la ciencia, y dichosos aquellos que logran escarmentar al cuarto almuerzo siquiera. Pagar el quinto es ya sospechoso, pero en cuanto al sexto, es hacer plena prueba de incurable y de incorregible. El hombre que se deja *emprimar* seis veces seguidas, merece ser primo del universo entero.

El dia 15 de Mayo es un dia de verdadera locura para el pueblo de Madrid, y todas las clases de la sociedad toman parte en la fiesta, por más que parezca vinculada en la clase baja, y sea la heroina una muger cuyo tipo ha sido arrastrado por esas calles con la moda de los vestidos largos y las mantillas de blonda. La manola resucita el dia de San Isidro, y con aquella pantorrilla que Dios la dió

para tales ocasiones; calzado su pié con elegancia y lastrados sus bolsillos con mil reales en retratos de Carlos III, fleta una calesa *descorría* y más *terne* que un relámpago llega á la pradera entre las voces de *viva el rumbo*, y vuelve á Madrid á la noche, ó al dia siguiente ó cuando Dios quiere y del modo que Dios quiere. Su influencia en aquellas regiones se sabe despues por los registros de la policia, y cuando en los últimos dias del mes de Mayo se la ve ir todos los dias con una cesta de provisiones á la cárcel de Villa, no se duda cuál fué el destino de su caballero andante en la romería de San Isidro.

Y en este punto parece que deberíamos dar por terminada la historia del mes de Mayo, si ya no fuese lo que de seguro no será, y es que nos viniese á cuento volverla á tomar con los jardines, haciendo nuevas disertaciones botánicas. Pero demasiado bueno ha sido el lector en sufrir el exordio, y no queremos fatigarle con un epílogo parecido; otra causa tenemos para no soltar la pluma, y por más que estas revistas no crean de su dominio los sucesos especiales de un año determinado, no podemos negar que se han escrito en el de 1849, y los acontecimientos extraordinarios que en él ocurran han de ocupar un lugar en estos artículos.

El *dia 17 de Mayo de 1849* será una página demasiado importante en la historia de los pueblos crédulos, para que nosotros no la transcribamos á la posteridad, si allá quisiere el tiempo encaminar nuestros escritos. El pueblo de Madrid gastó ese dia la fabulosa suma de cuatrocientos mil reales en un

espectáculo, y nuestra conciencia de historiadores no nos permite pasar en silencio esa novedad; siquiera sea tan breve la reseña como lo fué el acontecimiento mismo.

Es el caso, y perdona lector que abusemos de tu paciencia por más tiempo, que entre los muchos extranjeros que vienen á esta nacion, que ellos llaman África europea, llegó un domador de fieras, cargado de leones con entrañas de oveja, ó de ovejas con piel de leones, osos y otras alimañas por el estilo. Traia en su coleccion, y hé aquí el punto de la dificultad, un *famoso tigre real de Bengala*, el cual decia que no habia podido domesticar aún: y domesticadas algunas gentes con las palabras de Mr. Charles (así se llamaba el domador), en nombre de un toro sevillano, llamado el *Señorito*, propusieron al tigre una lucha á muerte. El padrino del de Bengala, que oyó la proposicion, saltó de gozo, y repitiendo en su interior aquella famosa jaculatoria francesa, de que el África empieza al otro lado de los Pirineos, dijo que admitia gustoso el reto en nombre de su ahijado. Concertáronse las bases de un duelo, que por parte de Mr. Charles eran las de cobrar 35,000 rs. si el tigre salia vencedor, y por la de los retadores, pagar 50,000 si sucedia lo contrario; y prévio el permiso de la autoridad, se señaló dia, hora y sitio para el lance. La plaza de los toros era el lugar de la lucha, el dia el que tú sabes, y la hora la de las cuatro de la tarde.

Quiero pasar en silencio, porque demasiado lo saben yá todos, los preparativos y los acontecimientos precursores del gran espectáculo, anun-

ciado con el pomposo título de *Lucha de fieras*. De todas las provincias de España acudió gente á la capital; los lores ingleses abandonaron su querida Albion, para ofrecer 8,000 reales por un palco y es fama que no le hallaron; los ministros fueron á examinar la verja que al intento se construyó en la plaza; el gefe político dió un bando prohibiendo el uso de armas en ese dia, y por espacio de quince no se habló de otra cosa que de la lucha. Sesenta y cuatro mil personas se disputaban los doce mil asientos de la plaza, y los que eran mirados con lástima porque no habian logrado alcanzar billete, envidiaban á los que habian tenido la suerte de pagar 100 rs. por una barrera. Las personas reales abandonaron los jardines de Aranjuez, para asistir al espectáculo, y en suma, figúrate, lector póstumo (único que quizás ignore lo que estoy diciendo), cuál sería la ansiedad del género humano si se le dijera que se le iba á revelar el fin del mundo, y habrás comprendido lo que yo no puedo explicarte. Temo que si la madre del tigre llega á saber el prestigio que ha gozado su hijo en Madrid, se venga aquí á que la pensionemos y la tengamos todo género de consideraciones.

Pero lleguemos de una vez á la plaza de los toros, puesto que con la verja de hierro, los veinte armados y un batallon de bayonetas no podemos temer ningun desman. Nada diremos de la primera fiera que se presentó, y fué una cierva de ocho meses, bárbaramente devorada por 14 galgos de presa; los ejercicios del domador con las hienas rayadas tam-

poco nos pertenecen, y el oso blanco que lo hizo en regla, dejándose vencer por los perros, lo pasaremos tambien en silencio del mismo modo.

El tigre y el toro miden yá el campo, parten el sol y van á empezar la lucha muy pronto.

El tigre es uno de los mejores mozos de su especie y su musculatura es poderosa. El toro es otro buen mozo á toda ley, negro, ensabanado, corniancho y bien plantado. El de Bengala es el primero en acometer, y con su proverbial agilidad, salta sobre el toro, que le recibe con la cabeza, tirándole al alto y causándole una herida en la boca. Huye el tigre, y el toro le embiste dándole un gollotazo mortal, sin recibir de su adversario más que una ligera herida en la mano derecha. El público aplaude con frenesí, el toro se niega á rematar al tigre, y éste acaba sus dias con una trahilla de perros, entre los que se distingue una perrita negra que no soltó la lengua del malogrado tigre real de Bengala hasta que hubo espirado.

El resultado de la lucha llama la atención de los espectadores; se arrepienten de sus preparativos, y conocen, tarde como siempre, que el tigre, criado desde pequeño por el domador, con alimentos debilitantes, y encerrado cuatro años en una jaula, no conservaba otra cosa de su especie sino la piel y el nombre. Su salto ligero y arrogante indicaba sus instintos; el acometer de frente revelaba su inesperienza, y su dificultad en hacer presa, el entumecimiento de sus miembros. Pero no pretendemos con esto rebajar la gloria adquirida por el *Señorito*, á

quien se ha perdonado la vida á instancia de muchas personas; se le piensa sacar á la plaza con los cuernos dorados, una corona de laurel en las sienes y una faja en el rabo, y conservar sus dias á fuerza de cuidados, embalsamando despues su cadáver, para colocarlo en la *História Natural*, junto al de su víctima, que yá ha sufrido esa operacion.

Hé ahí, lector, en lo que vino á parar la famosa lucha del tigre y el toro. La que yo he sostenido con mi pluma toca tambien á su término, por aquello de que, cuando uno no quiere dos no regañan, y yo estoy deseando soltarla hace algunas líneas. Me parece que no he omitido ninguna de las costumbres de Madrid en el mes de Mayo; pero por si las santurronas tuviesen algo que reclamar, diré por conclusion lo que ellas dicen todos los dias de este mes en los ejercicios del *mes de María* ó flores de Mayo:

Benéfico hiere,

lumínico rayo

del sol que engalana

las flores de Mayo.

VI

JUNIO

Aún sigue la tierra ofreciendo al sol las primicias de sus entrañas, y cada día nacen nuevas flores buscando altivas los rayos del autor de los colores con que matizan el campo. Mécese orgullosas en los brazos del ambiente, y arrojan las galas de su juventud, apenas sienten los primeros destellos de la maternidad. El mismo destino aguarda al tierno capullo que ansía romper el dulce cautiverio de su cáliz, y esa veleidad constante de la vegetación, es el holocausto que ofrece la tierra á la luz que fecundó sus entrañas.

La rosa, que se arma de espinas para defender una existencia de breves horas; la enredadera que se ampara del olmo para elevar al cielo sus fugaces adornos, y el lirio que oculta sus magestuosos pendones en el rincón de un valle, todo nace y muere de sol á sol, reproduciendo diariamente el mismo panorama.

El hombre tiende su vista sobre la alfombra que le brinda el campo, y como no alcanza á comprender la armonía de esa naturaleza salvaje, cambia el bello desorden de la campiña por el monótono

aspecto del jardín. Las plantas que nacieron al aire libre en las márgenes del caudaloso río, viven cautivas y enfermas entre cuatro paredes sin atreverse á estender sus brazos más allá de lo que permite la incansable segur del jardinero. Los árboles no pueden elevar sus ramas al cielo, ni tenderlas sobre la tierra sin el permiso del cabo de vara, que los obliga á vivir en ridículas hileras guardando distancia de filas y recibiendo diariamente un mezquino rancho de agua, que léjos de producir nueva sávia apénas basta para conservar la primitiva. El polvo calizo que arremolina el viento, envenena la atmósfera, y las flores sienten cerrarse sus poros, muriendo marchitas en las primeras auras de su vida. Desaparecen los bellos contrastes de la naturaleza, y divididas las plantas en familias botánicas, no puede la azucena lucir su blancura entre el carmin de la rosa, ni rivaliza el cárdeno lirio con los morados plumeros de la lila.

La vegetacion de los jardines es una asamblea nacional sin apostasías, donde los diputados, con arreglo á sus colores, ocupan la derecha, la izquierda ó el centro. Una monotonía fatigosa cansa la vista, y clasificada la naturaleza con tan ridículo sistema desaparece la desordenada hermosura de la creacion. Hay en esas cárceles calabozos de diferentes especies, y multitud de plantas que viven presas en un vaso de tierra que no las permite tender sus raices, son encerradas por ende en una estufa, so pretesto de librarlas del aire que fecundó sus semillas. El jardinero se afana por avivar la temperatura de sus

invernáculos para anticipar la estacion de las flores, y en vano pide ahora á las rosas de sus jardines la fragante esencia de las que crecen libres en los desiertos de la Arabia.

Los balcones de Madrid son otras tantas prisiones, donde entre hierros asoman sus pintadas crestas las plantas del mes de Junio; y sobre esos troncos de flores, brillan los negros ojos de nuestras hermosas, esquivando los rayos del sol á través de las persianas.

Libre del huracan que azotaba sus cristales, y evaporada la humedad que recogió en los meses anteriores, el balcon vuelve á entrar en el pleno ejercicio de sus funciones parlamentarias, sirviendo de tribuna idem á los amantes. Es el observatorio de la curiosa inquilina del piso cuarto, el tocador del huésped que vive en el tercero, la antesala matrimonial de la soltera que ocupa el segundo, y el nido donde se arrullan los recién casados del piso principal.

La casa que hay enfrente de la mia es una casa como otra cualquiera, pero la jóven que vive en el piso segundo, no es una vecina como cualquiera otra, y por eso quiero que la conozcan mis lectores. Para ella no hay verano ni invierno en tratándose de estar al balcon, y ni deja de asomarse cuando llueve ni los frios la obligan á retirarse. Vive en el balcon como pudiera hacerlo en cualquier otra pieza de la casa; y esto lo hace, segun ella dice, porque las personas, como las plantas, necesitan esponerse á la accion de los elementos atmosféricos. Pocas perso-

nas en la vecindad han puesto en práctica la higiene de la jóven soltera, y su tertulia ha sido muy reducida en la estacion del invierno. Todos se contentaban con saludarla detrás de los cristales, y hasta los últimos dias del mes de mayo, ningun vecino ha restablecido sus negociaciones diplomáticas con el barómetro perpétuo de la calle de V.... Yo, que soy el mejor situado para parlamentar con esa señorita, he sido el último en abrir el balcon para saludarla; no porque yo sea el ménos galante de la vecindad, sino porque soy el más perezoso del barrio. Pero ahora que la estacion convida á respirar el ambiente de la atmósfera en las primeras horas de la mañana, tenemos largas sesiones matutinas mi vecina y yo.

— Sea enhorabuena, me dijo al verme asomar por primera vez, desde los últimos dias de Octubre.

— La recibo con mucho gusto, la repliqué, porque para mí es una satisfaccion el saludar á vd.

— No muy grande, cuando ha pasado vd. siete meses sin asomarse á darme los buenos dias. Se contentaba vd. con hacerme telégrafos detrás de las vidrieras.

— Verdad es, pero....

— Tenía vd. frio, interrumpió mi vecina riéndose de mi poca galantería; pues algunos hubiesen querido vivir en ese cuarto para estar siempre al balcon.

— Lo creo muy bien, y si yo fuese de esos predilectos, quizás habria hecho lo mismo.

— Quizás nó, replicó mi vecina, devolviéndome risueña mi poco galante condicional.

—¿Y cómo vá de amores? la pregunté mirando alternativamente á dos jóvenes á quienes tenía guardando los dos extremos de la calle. Con el auxilio de las persianas, me parece que el corazon puede tener conversiones de izquierda y derecha, sin que se aperciban los sitiadores.

—Tiene vd. razon, pero aunque se marchasen los dos á un tiempo, no perderia nada.

—Pues el oficialito es acreedor á que vd. le quiera por lo bien que ha sostenido el sitio este invierno. Cuando salga á campaña no le han de causar novedad las aguas ni los hielos.

—En ese punto no ha hecho nada de más, porque el mismo frio hacía para estar en la esquina que para asomarse al balcon, y el que quiere *osear* á una señorita....

—¡*Osear!* exclamé asombrado.

—Hacer el oso, replicó mi vecina, riéndose de que me asustára su tecnología amorosa. *¿No ha hecho vd. el oso á ninguna mujer?*

—Creo que no.... y me sorprende mucho esa pregunta.

—¿De veras?... pues qué, ¿no se ha enamorado usted nunca?

—Eso sí, pero hacer el oso jamás.

Mi graciosa vecina se reia de ver la obstinacion con que yo me defendia de una cosa, que segun ella me dijo despues, he estado haciendo mucho tiempo sin saberlo. Me probó con razones muy claras que todos los enamorados hacen el oso en la sociedad hasta el momento de ir á la Vicaría, en cuya época

hacen otra cosa, que ella no me dijo, pero que me dió á entender con bastante claridad. Hizo algunas señas por la persiana de la izquierda, al galan que la *oscaba* por aquel flanco, y contestó por la derecha á las señales del telégrafo militar, que ocupaba la otra esquina de la calle. Dirigiame miétras tanto algunas miradas, y despues de haber dado pasto por algunos minutos á las almas de aquellos desventurados amantes, volvió á dirigirme la palabra, diciéndome que habia *estado de monos* una semana con el oficial, porque yendo á la cárcel de Villa, no habia pasado por allí con su tropa. Los monos me asustaron no ménos que el oso, y pedí esplicaciones á mi vecina para saberme gobernar en este mundo, donde hay tantos ojos negros que le obligan á uno á hacer el oso, y á estar de mono.

—¡Ó vd. se burla, dijo la niña, ó no sé yo dónde ha vivido hasta ahora para asombrarse de unas cosas tan claras como esas! ¿Quién pregunta lo que es estar de monos dos amantes?

—Yó, la repliqué.

—Pues no lo comprendo, porque todo el mundo sabe que cuando dos novios están reñidos, se dice que están de monos.

—¡Ah! yá! con que es eso!... Pues haga vd. cuenta que yo estoy siempre de mono.

—Será vd. muy exigente, porque de otro modo es imposible.

—No lo crea vd., yo no exijo nada, pero si vd. supiera lo que á mí me exigen las mugeres de quienes me enamoro!

— ¿Qué?

— Que abandone el campo.

— ¡Sí!... ¡Qué lástima! Pues yo dejo que me quieran todos, y es preciso que me hagan una gran falta para ponerme de monos.

— Como la que hizo el oficialito, no pasando por esta calle con su guardia!... repuse yo riendo.

— Sí señor; replicó mi vecina. Esa falta me puso en ridículo con una de mis amigas, que estaba conmigo al balcon esperando á que pasara la tropa.... Luégo se reía de mí por el chasco.... ¡Oh! si hemos hecho las paces, es porque mañana le toca formar en la carrera frente á la casa de esa amiga que me ha convidado á ver la procesion; pero luégo voy á tronar con él.

La palabrita tronar, me pareció que debia encerrarse en la jaula de los osos y los monos; pero no quise interpelar por ella á mi vecina, porque el recuerdo que me habia hecho de la festividad del *Corpus-Christi*, me llamaba á escribir el artículo del mes de Junio, que queria salir á borbotones desde los negros abismos de mi tintero. Saludé á mi vecina, y sin su permiso ni el de mis lectores, me puse á copiar parte de la conversacion que con ella habia tenido, decidido á dar la razon al que dijera, que lo que vá escrito hasta aquí tiene poco que ver con el mes de Junio. En cambio de eso, lo que falta por escribir es todo fruta del tiempo, y yá me tienen ustedes con la pluma al brazo á la sombra de ese lienzo azul y blanco que entolda las calles por donde ha de pasar mañana la procesion del *Córpus*.

Á pesar de que los días se conocen por las vísperas
y de que como dice la copla,

Tres Juéves hay en el año,
que relumbran más que el sol,
Juéves Santo, Corpus-Christi
y el día de la Ascension,

nada anuncia en las calles la solemnidad del día siguiente. Nos vemos por lo tanto obligados á esperar la alborada del Juéves para seguir este artículo. Pero en el ínterin y para que no se diga que estamos ociosos, bueno será darnos un paseo por los talleres de sastres y modistas, midiendo por sus labores la próxima festividad. Empresa árdua es hoy que en cada casa hay un taller, y apénas se encuentra un apellido libre de la palabra sastre, pero yá lo hemos dicho, y faltar á nuestra palabra sería empezar á ser sastres ántes de tiempo.

Dos meses han estado mano sobre mano, los *confeccionadores de ropa*, como dice el *Diario de Avisos*, sin que nadie se acordára de que la ropa de abrigo no sirve para el verano. Á nadie le ha ocurrido medirse el cuerpo, para encargar levitas, hasta que los calores han hecho insoportables los gabanes, y ahora todos quieren ser preferidos en sus encargos. Lo ménos que exige cada parroquiano es un pantalon blanco, un chaleco de piqué, color de caña, y un frac negro, prendas que necesita para el día del Córpus. El maestro no niega á nadie el derecho de esperar la ropa ese día, y como le es imposible dar gusto á

todos, halla el medio de no contentar á ninguno, haciendo un chaleco al que le dijo que lo que más falta le hacía era el frac, y un pantalon al que le aseguró que no tenía chaleco útil para ese dia. Sin embargo, no hay ilusion más verdadera que la del parroquiano que espera la ropa de casa del sastre. La víspera le asegura que no le hará falta á su hora: pasa la hora, manda un recado y le dicen que la están planchando; vuelve á mandar otro apremio, y le preguntan si no ha encontrado en el camino al oficial que llevaba la ropa. Pásase no yá la hora sino el dia de la entrega y otro y otro, y es tal la persuasiva del sastre que aún cree el parroquiano que le cumplirán la palabra el dia anterior; tal es la fé con que aguarda las prendas.

Las modistas hacen lo mismo que los sastres, aunque procuran cumplir mejor, temiendo el capricho de sus parroquianas; pero no les falta nunca un pretesto para las ocasiones, y si el vestido lleva adornos, se dice que no han llegado aún de París *los más caros*. Lujo de precio que siempre halla acogida en las señoras, sobre todo desde que es costumbre que los maridos paguen las cuentas de la modista.

Pero amanece por fin el dia del Córpus, y empieza el paseo de la gente madrugadora á las seis de la mañana. En esta concurrencia es inútil buscar á las damas aristocráticas, ni á sus caballeros sirvientes. Las unas y los otros han convenido desde el dia anterior en asistir á la procesion cuando se haya concluido, para aprovechar la sombra del toldo, paseando á las tres de la tarde por la calle de

Carretas. Las casacas tradicionales, las basquiñas numismáticas y los sombreros arqueológicos, faltan también á esas horas de la mañana, y la fiesta no empieza hasta las nueve. Á esa hora se puede convidar á cualquier extranjero á que vea uno de los cuadros mejor conservados de nuestras antiguas costumbres. El único quizás que no ha perdido nada en la restauracion.

Atajadas las calles que desembocan en las de la carrera, con rancios tapices mitológicos, y engalanados los balcones de las casas con vistosas colgaduras, el ruido de la muchedumbre sube á la bóveda de lienzo que entolda las calles, y produce un rumor sordo, que se mantiene en la atmósfera, como el humo que busca en vano la salida en una vasija tapada. La tropa, tendida á un lado y á otro de la carrera, pierde ese día su aspecto guerrero y participa de la alegría solemne que brilla en los semblantes de todos. Las voces de mando no suenan allí como en las grandes paradas, y las músicas de los regimientos producen otras melodías más suaves que las que oye el soldado cuando vá de faccion.

El clero de las parroquias, los concejales, los niños de las casas de beneficencia y demás personas que de oficio, ó por devocion asisten á la fiesta, todos se hallan reunidos á las diez de la mañana, en el templo de Sta. María, iglesia notable por su antigüedad; *pas plus*, como diria el otro, suponiendo que *el otro* hubiese sido un francés.

Espérase de un momento á otro la procesion en las primeras calles de la carrera; y el piquete de

caballería, abre paso á los pendones que anuncian la comitiva. En tiempo de las comunidades religiosas, era ésta numerosísima, y aunque visto un fraile estaban vistos todos, sin embargo, tardaban algun tiempo en pasar, y duraba más la procesion. Ahora, con un puñado de niños del Hospicio, otro idem de idem de los Desamparados, una docena de sacramentales, media de regidores, el clero de las parroquias y el corregidor que suele presidir la procesion en ausencia y enfermedades del gefe político, hemos concluido.

Las gentes, puestas á raya por las bayonetas, se apiñan unas sobre otras, y gruñen las que llegaron primero, porque se han colocado delante los que vinieron despues; sin que se convenzan nunca de que en eso como en todo, no hay ántes ni despues sino llegar á tiempo. Los que van en la procesion, llevan la cabeza erguida como si buscáran los saludos en los balcones, y miéntras tonto se mueven y tosen los que están en la calle, para que los vean saludar á los sacramentales y á los regidores.

La asistencia de las autoridades á esa procesion, hace que el público de Madrid la considere como de oficio, y escusado nos parece decir cuál es la causa de que la devocion de los que acuden á verla no sea la virtud que más brilla ese dia. Á cada persona de las que allí están la espera dentro de poco la procesion de su parroquia, y las *minervas* son las verdaderas solemnidades del Santísimo, donde el pueblo puede espresar libremente su devocion. La del Córpus parece una devocion tradicional, que más

se advierte en los trages que en los semblantes, y que se conserva en los baules de un año á otro; trasmitiéndola la ropa de padres á hijos, gracias á los membrillos y al alcanfor.

La procesion tarda en volver á su parroquia poco más de hora y media, y acto continuo desfila la tropa, se retira la gente de los balcones, y unida á la que paseaba por la carrera, toman todos por asalto la sombra de la calle de Carretas, para lucir sus galas paseando hasta las cuatro de la tarde.

Inútil nos parece decir que ni la procesion ni el paseo se llevan á cabo si el tiempo no lo permite; á no ser que suceda lo que este año de 1849, en que la temeridad de las autoridades eclesiásticas y seglares, hizo que la procesion se disolviera á la mitad de la carrera, por haberla espuesto al copioso aguacero de una fuerte tempestad. Semejante falta de prevision no habia ocurrido hasta ahora, y no merece por lo tanto pasar á la posteridad, en gracia siquiera de los desacatos que se cometieron, y que nos veríamos obligados á referir.

Las procesiones de los parroquias, llamadas *minervas*, tienen otro carácter muy distinto, y para ver la más notable de todas, la de San Pedro y San Andrés, nos iremos á casa de mi amigo D. Lucas, á quien no hemos vuelto á visitar desde el mes de Enero. Él ha venido en persona á ofrecernos los balcones de su casa en la calle de Toledo y no sería justo hacerle un desaire. La procesion sale á las seis de la tarde, y no pasa por casa de mi amigo hasta las siete y media; pero las cortinas de damasco amarillo cubren

sus balcones desde las tres, y á las cinco es cosa de asomarse para ver si viene ó no viene. D. Lúcas es individuo de la sacramental, y le corresponde llevar uno de los estandartes, por lo que ha dado á su esposa todas las instrucciones necesarias, y delegado en ella toda la autoridad para que reciba á los amigos.

—Mira, la dijo D. Lúcas al dirigirse á la parroquia; que no te olvides de mandar un recado á la botillería, para que no haga falta el refresco.—Oye, que no eches los ramos hasta que pase el palio por debajo de los balcones; cuidado que no caigan al suelo.—Que si viene mucha gente os pongais los de casa detrás de todos, para que vean bien la procesion.—Que se arrodillen los niños cuando pase el Santísimo.—Que no dejes de mirar al cuarto estandarte, no te suceda lo que el año pasado que no vistes pasar el pendon de tu padre.

Esas y otras prevenciones hizo D. Lúcas, sin quedar completamente satisfecho de que su esposa desempeñase bien el difícil papel de ama de casa en tan críticos momentos; pero sus sospechas eran infundadas é injustos sus temores; doña Basilisa no nos dejó nada que desear á los que tuvimos la honra de asistir á su casa. Nos hizo beber dos cuartillos de agua de naranja y una libra de bizcochos á cada uno, despues que hubo pasado la procesion; y en cuanto á las demás prevenciones de su esposo, todas fueron exactamente cumplidas, ménos la de arrojar el ramo sobre el pálio; pero esto no fué culpa de doña Basilisa, sino de las narices del presidente de la procesion, que se pusieron debajo, cuando cayó el ramo.

D. Lucas volvió á su casa apenas hubo terminado la procesion, y sin dejarnos respirar siquiera, nos dirigió la siguiente metralla:—¿Qué tal la procesion?... ¿Haria otro tanto la pobretería de San Luis, ni de San Ginés, ni ninguna de las otras sacramentales?... Siete músicas, y nueve estandartes, y piquete de guardia civil.... y alabarderos.... y zapadores y un obispo debajo del pálio.. ¡Le parece á vd. que somos algunos miserables! ¿Ha visto usted cuántas hachas?—Pues todas eran de cuatro pávilos, y los cestos iban llenos para los devotos de la carrera, y en fin, amigo, aquí no se remienda de viejo, y en punto á minerva ninguna sacramental nos ha de poner la ceniza en la frente.—No esperaba D. Lucas que le contestásemos, y loco de alegría no hacía más que dar vueltas de un lado á otro, preguntando á sus niños si habian visto á los angelitos de la procesion, y á su esposa si le habia visto á él, y en fin, nosotros nos retiramos para que su espansion fuese mayor: providencia que él debió agradecernos sobremanera.

Más tarde tuvimos ocasion de convencernos de que el orgullo sacramental de nuestro amigo era fundado y que ninguna procesion valia lo que la de su parroquia. Sin embargo, no pudimos asistir á todas las minervas, porque nos esperaban otras ocupaciones. El dia 13 de Junio estaba demasiado próximo para que dejásemos de disponernos á asistir á la capilla de San Antonio de la Florida, el dia 12 por la tarde, y el 13 en la madrugada, y el mismo dia despues de comer.

La fiesta de San Antonio, lucha con las reminiscencias de la de San Isidro, y los preparativos de la de San Juan; ni pertenece á la romería ni á la verbena; pero participa de ámbos géneros de diversiones, y es por muchas razones la fiesta más divertida que tiene el público de Madrid. La posición que ocupa la capilla, á la orilla izquierda del Manzanares, el paseo de árboles que conduce á aquel delicioso sitio, y la gran devoción que nuestro pueblo tiene á ese santo, todo contribuye á que la concurrencia sea numerosa; y á que no les pese de esto ni á los fondistas que se establecen delante de la capilla, ni á los conductores de carruages que van y vienen sin cesar un momento. No hay para qué señalar esta ó la otra clase de gentes como en mayoría en esa fiesta; todas las clases de la sociedad acuden allí, y si bien es cierto que las muchachas solteras son los muebles indispensables en aquella broma, eso consiste en que el santo es patron de los enamorados, y de consiguiente es bueno pedirle con fervor un marido. Dice la historia que el santo era muy feo, y por esta razón nada tendría de particular que ahora que se ha visto en posición, hiciese algo por el gremio. Triste es, sin embargo, que lo único que le haya ocurrido, sea el de buscar maridos á las feas, cuando pudiera emplear su valimiento en suprimir esa triste mitad de la preciosa media parte del género humano. ¿Cuánto mejor nos sería prohibir que naciesen niñas feas, que no andar luego poniéndolas á poca luz para endosarlas de prisá y sin el derecho de retroventa?

De todos modos, preciso es confesar que el santo hace lo que puede en obsequio de los enamorados, y que, segun dicen las doncellas, pocas son las que han acudido en vano á pedirle marido.

San Juan y San Pedro tienen tambien sus vísperas y sus dias, entre plantas de albahaca y ramos de flores; son los patronos de las *verbena*s y las noches del 23 y 28 de Junio las pasa en vela una gran parte de la poblacion. En la Plaza Mayor está el mercado de las flores, y la gente pasea allí hasta las diez de la noche, á cuya hora se traslada al salon del Prado, para respirar con dificultad entre el humo sofocante de los buñuelos, y para aburrirse pasando una noche al raso con todas las incomodidades de la vigilia, y ninguno de los goces de la verbena. Hace algunos años que el salon del Prado estaba muy concurrido en las altas horas de la noche, pero hoy dia, á excepcion de unos cuantos bailes, que concluyen con otras tantas quimeras, y algunos grupos de gente que van escoltando una guitarra destemplada y un violin poco ménos, nadie se queda en el Prado despues de la una, hasta cuya hora está el salon muy concurrido.

Y como iba diciendo.... pero dispensa, lector; mi vecina se asoma al balcon, me llama.... tiene muchas cosas que contarme, y no es cosa de que por narrarte yo las mias, deje de oir las de aquella interesante criatura. Con que acaba tú este artículo como mejor te ocurra y sino te ocurre de modo alguno, dejáله conforme está, que yo te aseguro que tiene material de sobra.

VII

JULIO

No porque nos falte ménos que ahora, cuando hayamos escrito el último de estos artículos, hemos de decir en este momento que nos falta más que cuando escribíamos la revista del mes de Enero. Eso sería retrogradar demasiado, y vive Dios que nos hallamos bien distantes de tan mal pensamiento. Nos alegramos, por el contrario, de hallarnos á la mitad de nuestra tarea, y de que vayan trascurridos seis meses, en vez de dos como sucedia el dia 1.º de Marzo, y sentimos que no hayan pasado doce, como sucederá, Dios mediante, el dia 1.º de Enero de 1850. Y dirá el lector.—¡Pues si tanto afan tienes porque pase el tiempo, y eso lo haces por terminar tus artículos, por qué no los escribes todos en un dia, y así te ahorras de estar esperando!

Y bien mirado, el lector tendria razon; pero como á nosotros no nos falta tampoco para obrar de distinto modo, resulta.... lo que no puede ménos de resultar cuando uno y otro tienen razon, y es que hay dos razones. Y como hablando se entiende la gente, esplicando nosotros nuestra razon, tal vez nos dé la suya el lector; lo cual sería alcanzar la felicidad

suprema, porque el bello ideal de un autor es que le den la razon sus lectores. Esto, á pesar de lo que dicen los autores silbados, que se desatan en cargos contra el público, llamándole ignorante y tonto porque no aplaude lo que afortunadamente no entiende, ó lo que tiene la desgracia de entender demasiado.

La razon que hemos tenido para no hablar de los rigores del invierno sino entre los pliegues de la capa, y de esperar á decir que hacía calor cuando se secaba la sangre de nuestro humilde tintero, es precisamente la que tenemos ahora para quedarnos parados sin saber por dónde empezar este artículo. Y no porque nos falten asuntos, sino porque no tenemos auditorio. Una sátira al sol, cuyos rayos buscan la perpendicular sobre nuestras cabezas, un epígrama á ese viento volcánico que abrasa nuestras frentes, ó una interpelacion á esas nubes que truenan en derredor nuestro, todos serian asuntos propios de este artículo, si hubiese quien los leyera; pero esto es precisamente lo que falta. Nos ha sucedido lo que al orador que, estasiado con sus propias palabras, no ve que los bancos del auditorio han ido quedando desiertos, y que apénas le acompañan dos ó tres magistrados, que no oyen, aunque se quedaron dormidos en actitud de estar escuchando.

No lo dudes, lector; Madrid deja de ser Madrid en el mes de Julio, y es lo que son todos los pueblos del mundo donde el termómetro marca 26 grados á las siete de la mañana, 33 á las doce y 32 á las seis de la tarde. Agrégale á eso el no tener sus calles dis-

puestas para modificar esa atmósfera, ni casas donde guarecerse de ella, y podrás figurarte lo que será la Córte de las Españas en el infernal período de la Canícula. Yo no pretendo otra cosa de tí sino que tengas la bondad de acompañarme un día de este delicioso mes, y si quedáreis aficionado á repetir la broma, te autorizo á cantar las escelencias del verano, y te ayudo gustoso en la empresa.

Yo dejaria á tu eleccion la hora de levantarnos, pero como eso depende de la paciencia que tengamos para aguantar la temperatura roja de nuestros dormitorios, y la orquesta de los insectos que se nos han alojado en casa, tendrémos que salir á la calle, cuando no podamos resistir más. Y dando por supuesto que yá hemos salido, y que son las cuatro de la mañana, toma mi brazo si fueres dama, y no me ofrezcas el tuyo si eres caballero; pero emprendamos nuestra peregrinacion.

En el dintel de la puerta es cosa de santiguarnos, para que Dios nos libre por la señal de su santa cruz, de tropezar con el chuzo del sereno, que vuelve á su casa dormido á pesar de no haber estado despierto, cuando cantó las horas soñando; de la espesa polvareda con que nos recibieron los barrenderos de la villa, y de tantos otros agasajos por el estilo como nos esperan en nuestro viage. Si no te fuere molesto, ni te hiciere falta abrir las narices, tápalas con el pañuelo, por si hubiese algun pozo destapado, y los Sabatini cargan sus pipas á la luz del dia como si no fuese contrabando su especulacion. Con semejantes precauciones yá puedes ponerte en

marcha y venirme conmigo al salon del Prado, verdadera sala de conferencia donde hemos de celebrar la junta preparatoria para nuestra expedicion.

La Fuente Castellana, el Retiro, el Canal y el Rio son los cuatro puntos que nos ofrecen sus árboles y sus asientos de piedra para el paseo matutino. ¿Irémos á todos ellos en el mismo dia, ó repartirémos esas cuatro perspectivas para otras tantas mañanas? Hé ahí la grave cuestion que hemos de resolver en presencia de las sillas del Prado, que recogidas y tranquilas, nos aseguran que sus ejercicios son nocturnos, y que nadie las interrumpe el sueño á semejantes horas. Si como presumo dejas que yo dirija el rumbo de nuestras madrugadoras personas, visitarémos los cuatro paseos en el mismo dia, siquiera tengamos el trabajo de ir en una *comodidad* (vulgo coche) desde un punto á otro. He resuelto hacerlo así, porque en asunto de ilusiones temo tanto los desengaños, que no quiero dejarlas nunca para otro dia, por miedo de que me las destruya alguna alma officiosa.

El Retiro abria sus puertas á las seis de la mañana, hasta que un periódico le rogó que madrugase algo más, y hoy lo hace á las cinco. Yá ves, querido compañero, que nos harian esperar una hora y es cosa de aprovechar el tiempo en otra parte. En los jardines de la Fuente Castellana *harémos tiempo*, que es uno de los oficios del lenguaje moderno, hasta poder pasear por los del Retiro. Es temprano y la gente no nos estorbará mucho. Encontrarémos las personas siguientes:

Un hijo de familia que se retiró tarde á su casa y no le abrieron la puerta; una jóven que salió temprano con ánimo de confesar sus culpas en la iglesia, y por equivocacion cuenta sus amores á un galan, paseando con él por la alameda; un niño de 17 años que tiene un libro en la mano y siente que no pase mucha gente para que vean que busca la soledad; un caballero que pesa diez arrobas y tiene el cuello corto, que anda todos los dias tres ó cuatro leguas para librarse de una apoplegía, y tal vez un jugador arruinado, que espera á entrar en su posada cuando la patrona haya salido á la compra, seguro de que es el único medio de asaltar la cama: esas son las gentes que hallarémos de cuatro á cinco en la Fuente Castellana.

En el paseo del Canal, los personajes son algo más sombríos, y á escepcion de algunos que buscan á caballo la sombra de las moreras, y de quienes siquiera por el inocente que montan, no puede suponerse que piensan suicidarse, todos los demás te parecerá que tienen cara de ahogados. Sin embargo, te aconsejo que no tomes pena por nadie. Aunque veas un jóven descompuesto y pálido, que busca tus miradas aparentando huirlas, y escribe con lápiz en la cartera, y se quita el frac por respeto al sastre, y se arrima al borde del cáuce, y hace todo lo que él cree que haria si pensára suicidarse, riéte y no temas que se arroje al agua, ni áun por dejarte mal siquiera. La alteracion que adviertas en los semblantes de los que no van allí á hacer simulacros de la escena final de la vida, es la que tienen tus

mismas facciones. Es la impresion que produce aquel lugar delicioso, uno de los mejores paseos de Madrid, por la historia funesta de aquellas aguas, que se lee sin pensar en los árboles que las dán sombra. Es el recuerdo de los infelices que buscan el término de sus desventuras en aquel lago, y es, por fin, la idea de hallarse en el Canal: palabra que aprenden involuntariamente los habitantes de Madrid, como sinónimo de suicidio. Por eso soy de opinion de que en ese paseo no nos miremos el uno al otro para no asustarnos recíprocamente, y puesto que no somos gente de á caballo, única que goza las delicias del paseo de idem, no se hable más del asunto, y al Retiro.

Entrarémos en esa hermosa posesion, propia del Real patrimonio, por el patio grande, y allí, si te parece, beberémos leche de vacas con sus correspondientes bollos. La sociedad de ese paseo yá será algo más numerosa, y más de nuestro gusto, siquiera no esté en mayoría el género escogido; porque ese duerme á esas horas y no se deja seducir por nada en punto á madrugar.

Una madre robusta y colorada, que saca á paseo á su hija amarillenta y flaca, por órden del médico, es la primera pareja que te espera allí; irá detrás un marido remolcando á su muger, por haberle dicho que ese es el único medio de que no se malogre el primogénito que esperan del sexto embarazo; un matrimonio jóven, ansioso de darse en espectáculo á todas horas, y de recorrer aquellos sitios que fueron la antesala nupcial de sus amores, es de rigor allí dejando en

cada flor un juramento de amor eterno, que de seguro no hallarán cuando se haya secado la planta. Algunas otras personas no comprendidas en esos tipos hallaremos en los jardines del Retiro; pero ninguna de ellas es indispensable allí, y son de seguro gentes que quieren ensayar los paseos de madrugada, y constituyen lo que se llama *deuda flotante* entre los verdaderos aficionados. De ese número son los que oyeron decir que era muy delicioso el pasear á esas horas, y ván una vez para no volver la segunda, y los que no pudiendo dormir se salieron á la calle y maquinalmente llegaron al Buen Retiro.

Á las seis y media estarémos disponibles para dar el cuarto y último paseo, y saliendo por la puerta de San Vicente, llegarémos á ver los baños del homeopático Manzanares. Á esta espedicion no serémos los únicos que vayan; pero nuestra atencion debe consagrarse á los que vuelvan, es decir, que por más que seamos de los que bajan, hemos de observar á los que suban, para formar nuestros tipos generales. Y así veremos:

Una doncella de labor, amoratada, que bajó amarilla, con permiso de sus amos, á darse un baño á las cuatro de la mañana; un hortera, que toma un baño de sudor para ganar corriendo el tiempo que perdió bañándose; una viuda con dos hijas, que aún no ha tenido franqueza para decirles que los baños del rio son más baratos que los de la poblacion, y las asegura que son más saludables, porque es agua corriente, y el pobre Manzanares se corre de

vergüenza al oirlo, por correr de algun modo. Á esas figuras hay que añadir la del hombre que oyó decir que debe conservarse el calor del baño, y sube embozado en un gaban, con un pañuelo atado á la cabeza, y encima el sombrero, y luégo el paraguas para defenderse dél sol; unos calaveras que suben satisfechos de saber nadar con sólo las manos; y es porque tenian los piés en la arena, y alguno que otro mocito que vuelve asustado temiendo que lo persiguen por haber dejado seco el Manzanares, sorbiendo á pesar suyo unos cuartillos de agua. De las lavanderas no harémos mencion, porque esas dan todo el año la guarnicion en ese paseo, y más constantes que los árboles mismos, ni en verano ni en invierno dejan de llevar ropa encima. En cuanto á los baños, ni tú querrás verlos, ni yo deseo enseñártelos, y yá que el agua conoce su poquedad y se cubre de esteras, respetemos su desgracia, y abandonemos el paseo.

La consabida jícara de chocolate, verdadera clave para entender el *Diario de avisos*, nos espera en nuestras respectivas casas, y á ellas nos volverémos para deliberar sobre lo que hacer debemos en el resto del dia. Lo más acertado sería acostarnos y dormir hasta las cinco de la tarde, para ahorrarnos algunas horas de calor; pero no veríamos lo que hace el público de Madrid en el resto del dia, y eso sería faltar á nuestro propósito. Salgamos de nuevo á la calle á las diez de la mañana, á cuya hora empiezan á madrugar la mayoría de los habitantes, con bien distintos fines por cierto.

Los maridos, que de seguro son empleados porque es el único medio de contraer obligaciones, acuden á la oficina á ver si los periódicos hablan de pagas ó de crisis ministerial, y á cuidar de que el portero tenga el botijo del agua en parage fresco; las mugeres, que no les importa saber cuándo pagan, porque ellas cobran siempre, *van de tiendas* (frase de perdicion para los maridos) y vuelven á sus casas cargadas de género, á poner la sala *como una lechuga*, para que cuando vuelvan los maridos no tengan calor, ya que no tienen tampoco dinero.

El sol, miétras tanto, disipará los grupos anunciando sin rebozo el programa de su fogosa dictadura, y cada cual irá bañado en su propio sudor, deseando llegar al que imagina término de su angustia, y es quizás el principio del tormento. Nosotros hacemos todo lo que hace el que no tiene nada que hacer, que es huir del calor. Arrojadados de las calles, buscaremos un asilo en el café donde las moscas nos dan más calor del que nos robe la bebida; entraremos maquinalmente en alguno de los pocos portales que conservan algun fresco del pasado invierno, y subiremos de visita en casa de alguna amiga á ver si por el *similia similibus* nos cura las quemaduras del sol, el fuego de otros soles ménos aficionados á las hogueras, ya que no ménos inquisidores. Indudablemente allí deberíamos hallar alivio si en la estacion de verano se dejasen ver esos ojos negros, capaces de hacer olvidar, no ya los rigores del sol, sino los de todos los elementos reunidos. ¡Pero no esperes tanta dicha, amigo lector! ¡Renuncia á librarte del calor

por semejantes medios! Irás de visita á una casa en el mes de Julio, y habrás de adivinar por la voz que la mujer que te habla es aquella hermosura georgiana, de tez nacarada y cabellos orientales, cuyas abrasadoras miradas defendieron tu corazon de las heladas del mes de Enero. Las mugeres de Madrid son un espectáculo de invierno. Subirémos, si quieres, á casa de una de mis amigas, y allí verás, es decir, no verás nada, y te convencerás á ciegas de que yo tengo razon en lo que digo.

En la antesala nos alumbra un ligero rayo de luz: es el que penetra por las rendijas de la puerta que nos acaba de permitir la entrada. Esa sombra de luz y la práctica que adquirimos en el invierno, nos conduce á la sala donde reina la obscuridad más completa.... No vemos á nadie, y creemos que nadie nos ve, pero nos engañamos; la fuerza de la costumbre ha hecho que las gentes que allí están distingan los bultos al ménos y se rien de vernos marchar estendiendo los brazos como verdaderos ciegos.

—Abre un poco el balcon, niña, dice la mamá.

—Entra mucho calor, contesta la hija.

Y prefiere conducirnos por la mano hasta dejarnos sentados.

—Señoras, decimos, vds. dispensen, pero no se distingue nada.

—No tiene nada de estraño, contestan; como vienen ustedes de la calle!... pero en estando un rato aquí se ve perfectamente.... Tenemos así por el calor.... En Madrid teniendo cuidado de cerrarlo todo, no se siente el verano.

No nos queda otro remedio sino esperar un rato, pero pasa una hora, y dos y tres, y lo único que hemos logrado, es contar las personas, gracias á que están vestidas de blanco, y se distinguen los bultos. Es preciso resignarse á esperar la llegada del otoño para ver si aquellas mariposas salen del capullo á la luz del dia.

Ocupada de ese modo la mañana, podemos entrar ántes de comer, en alguna casa de baños, para ver de soltar en el agua una parte siquiera del sudor que nos angustia y que nos ha evaporado los jugos del cerebro. Allí nos darán un billete, con el que adquirimos el derecho de bañarnos.... despues que lo hayan hecho 30 ó más personas que esperaban en la sala preparatoria, á que concluyan los que llegaron primero. Es decir, que sufrimos un baño de sudor, y otro de paciencia, y nos lavamos por fin á las seis de la tarde. Si las pilas que nos tocan en suerte han sido ocupadas por algunos de esos que se bañan por lavarse el cuerpo, y esto lo hacen una sola vez al año, soy de opinion que nos marchemos al punto, pues por mucha que sea la limpieza de los bañeros, la historia de 365 dias es demasiado larga, y no se borra tan fácilmente, aunque se escriba con agua y en láminas de mármol.

Media hora despues de salir del baño, aún dura la ilusion de haber hallado la fórmula contra los rigores del verano, pero pronto desaparece tan alhagüena idea y volvemos á quedar tan angustiados como ántes de sumergirnos. No pensemos siquiera en el placer de la comida, porque la escuela

bucólica tiene vacaciones en el verano. Se come únicamente por no perder la costumbre para cuando llegue el invierno, pero nada más. Los verdaderos goces de una mesa bien servida, donde las luces de las bugías, el aroma de los vinos que se derraman en las copas, y el vapor que se desprende de las viandas, rejuvenecen el más gastado espíritu, están prohibidos en la estación de los calores. Las tinieblas en que vivimos por miedo al calor y á los insectos, privan á los manjares de la mejor de las salsas, que es la de la vista.

Terminado este horrible sacrificio, esperaremos á que los carros del ayuntamiento nos rieguen el paseo, para que suelte la tierra el calor que recogió durante el día, y nos dirigimos al salón del Prado. Allí respiraremos con trabajo en una atmósfera de 28 grados, y recibiremos el polvo que levantan los que paseando tormento á una silla. Á nuestro lado, precisamente, y esto es de rigor, habrá una jamona implacable que murmurará de cuantos pasen por delante; un alférez de infantería, que hablará á voces del coronel de su regimiento y de la guardia que hizo el día anterior, y por fin, una madre cuyas hijas están paseando con unas amigas. La jamona procurará que oigamos sus sátiras, aunque aparente lo contrario.

—Allí vá *la de los ojos lánguidos*, dirá al ver pasar una jóven sentimental y hermosa; parece que está esperando á que la pongan el platillo para echar los ojos.

—*Las ánimas del Instituto*, gritará delante de

cuatro jóvenes, al parecer, hermanas; hoy traen más almidon que ayer en los vestidos, pero las mantillas tan raidas como siempre.

—*El titi de la calle del Príncipe*, dirá si vé pasar una niña de 17 años delgada y de poca estatura; hoy no la acompaña el *negro sensible*.... habrá sabido que es pobre.

—¡Qué asombro! dirá cuando pase una madre con dos hijas bonitas y elegantes; *las dominicas* han estrenado trages nuevos.... y no han tenido mal gusto los novios.... la tela es bonita.

De ese modo irá la jamona pasando revista á todos los del paseo, con especialidad á las jóvenes, entre quienes quisiera repartir los años que la sobren y que procura ocultar sentándose de espaldas á uno de los faroles. La madre buscará con la vista á sus hijas que siguen paseando con las amigas, hasta que apenas queda gente en el salon y entónces todas juntas, mas los amigos que se han ido acercando, levantan el campo y se ván á sus respectivas casas: cosa que ordinariamente hacen cuantos concurren al Prado.

En el centro del salon se forman grandes tertulias, compuestas de personas de diferentes clases y condiciones. El núcleo de casi todas ellas es una madre, que á fines de Mayo dijo á los novios de sus hijas y demás tertulia de la casa:— Señores, ahora hace mucho calor para estar en las habitaciones; desde mañana *recibo en el salon del Prado*; los que quieran favorecernos que acudan allí.

Nadie falta á la invitacion de la señora, y gracias